





Manuel Ramos. *Calles en Taxco desde donde se ve el templo de Santa Prisca*, Taxco de Alarcón, Guerrero, ca. México, 1920. © SINAFO/ Fototeca Nacional-INAH.

EN HOMENAJE A SILVIO ZAVALA EN EL CENTENARIO DE SU NATALICIO*

Salvador Rueda Smithers**

Hay personas cuyas obras, inconmensurables, marcan la idea de mundo de toda una generación. Poco frecuente, esta estirpe de hombres suele ser atendida por sus contemporáneos e incomprendida al giro de la rueda del tiempo. Más afortunados son aquellos que pueden construir discípulos y, con ellos o a través de ellos, mejorar y perpetuar sus ideas. A este grupo de espíritus creadores pertenece el historiador Silvio Zavala.

Don Silvio Zavala enseñó a las generaciones del mediodía del siglo XX mexicano que los límites de la memoria no coinciden con las fronteras de las naciones. A tres décadas de iniciada la Revolución —ese movimiento de reorganización social que soñó

también con ser el motor de la búsqueda de identidad propia, instrumento de mirada hacia adentro—, Zavala procuró evitar la total invasión del parroquialismo histórico en la conciencia nacional. Ajeno a los venenos de la egolatría colectiva que nutrían cierto cine y cierta literatura, don Silvio Zavala fue el instrumento que la astucia de la Historia entremetió a México para evitar el triunfo de una de las formas fanáticas del nacionalismo: la de la estereotipada singularidad del “mexicanocentrismo”. Y lo hizo del modo más inteligente: a través de la investigación en los archivos y de la invitación a la lectura del ensayo historiográfico.

* Texto presentado en el Homenaje al Doctor Silvio Zavala, INAH-Museo Nacional de Historia, 19-mayo-2008

** El Dr. Rueda Smithers es director del Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec





Desentis. Mercado Tetitlán, Taxco de Alarcón, ca. 1930. Colección Blanca Jiménez-Samuel Villela.

En las constructivas décadas de los treinta a los sesenta, entre los escolares de primaria a preparatoria el nombre de don Silvio Zavala se anudó al de Ida Appendini: suya era la *Historia Universal Moderna y Contemporánea*, libro que nos acompañó a manera de herramienta a los entonces jóvenes estudiantes y que llamaba a ver hacia fuera. Nos despertó, cuando menos a quienes cursábamos la secundaria y preparatoria poco después del 68, del peligroso ensimismamiento que nos envolvía como una sombra. Borges afirmó que clásico “es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con misteriosa lealtad”. Sin duda, esa asignatura cabe a la *Historia Universal Moderna y Contemporánea* de Appendini y Zavala.

La apuesta de don Silvio, como la de otros escritores del momento, invitaba a repensar las coordenadas de nuestra geografía. Ya no se trataba de que el mundo mirara a México y nuestra idiosincrasia —que hoy sabemos era erróneo pronunciar en singular—; era obligatorio que México levantara los ojos al mundo. Sólo así comprenderíamos que pertenecemos a esa parte del movimiento histórico menos contingente, a los flujos del largo aliento de las economías-mundo, que arrastran a países completos en corrientes culturales de tendencias ecuménicas, civilizatorias. Se podía ser —y se debía ser, diría yo— cosmopolita sin dejar de ser ciudadano mexicano.

Ahora sé que la labor de nuestro historiador no se detuvo en la revisión y reedición de su texto iniciático. Desde principios de 1945 y hasta finales de 1946, apenas salidos del violento despertar de los horrores de una Guerra Mundial, don Silvio fue convocado a participar como miembro de la Comisión Revisora de Textos de la Secretaría de

Educación Pública. Al llamado del secretario don Manuel Gual Vidal, los maestros Appendini y Zavala se comprometieron a revisar críticamente 17 textos de enseñanza de la historia para los alumnos de primaria. Entre otros libros, y cientos de páginas mecanoscritas, por sus manos expertas pasaron los *Precursores*, *Héroes y Caudillos de la Independencia*, texto de lectura general útil sobre todo para los maestros; para el 4° de primaria, el *Compendio de Historia de México*, *Historia Patria* y la *Historia de la Civilización Mexicana*; para 5° y 6° años, los *Elementos de Historia General* y la *Historia Nacional de México*; para el 6° año, la *Historia Universal*. Mientras ejecutaba su tarea, don Silvio fue invitado por el Secretario Gual Vidal, en agosto de 1950, a ser miembro del Consejo Consultivo de la Comisión Cultural México-Estados Unidos, “en virtud —dice la invitación oficial— de la cultura y patriotismo que en usted concurren”.

En ese horizonte, de historiador cada vez menos cercano al narrador de crónicas, logró que entendiéramos la realidad continental de manera diferente. Uno de los textos de don Silvio, titulado *América en la cultura universal*, planteaba una pregunta fundamental europea, cuya realidad se desdoblaba con los movimientos libertarios africanos y con las tensiones latinoamericanas de los años sesenta y setenta. Escribió don Silvio que desde “los primeros pasos de la colonización hasta nuestros días, Europa se pregunta, animada por una curiosidad persistente, qué clase de hija ha engendrado en América”. En acto reflejo, durante el Siglo de las Luces, llevó a denostar al americano y éste a imaginar una historia particular, la de su espacio geográfico propio. “El orgullo indígena y criollo que se advierte en la





Antonio Peñafiel. *Ciudades coloniales*, estado de Guerrero, México, 1908.

Historia de Clavijero no es ajena a las preguntas y dudas punzantes que surgen del otro lado del Atlántico (...) diálogo inquietante entre quien pregunta con ánimo de negar y quien responde con prisa y ademán probatorio, como si quisiera, en primer término, infundirse confianza a sí mismo al someterse a ese radical examen de sus posibilidades y logros de su cultura". Pero, de ahí la originalidad para los jóvenes lectores de esta historia universal que nos acomodaba en el mundo, explicaba don Silvio que, expresa o tácitamente, precede a la conversación un reparto de funciones entre nativos —hoy diremos indígenas—, africanos y europeos. Todos habitan América y contribuyen a construirla tal como es ahora. (...) No es, pues, la concreta circunstancia de cada uno de los diálogos sucesivos lo que importa desentrañar. Sino la función esencial del diálogo mismo". Se trataba de educar a los jóvenes en su circunstancia americana, tan alejada de los parroquialismos patrióticos de la hora como del europeocentrismo más conservador y duro.

Tal vez de modo menos notorio aunque con seguridad más profundamente, otros trabajos de don Silvio obligaron a ver el entorno inmediato, con el mismo espíritu crítico. Así, por ejemplo, nos descubría el fundamento humanista de uno de los proyectos intelectuales más eficaces y duraderos de la historia propia: la organización social ensayada por Vasco de Quiroga y su filiación directa con la *Utopía* de Tomás Moro. La línea genealógica que une a los antiguos comuneros purépechas con los modernos campesinos de la meseta tarasca, línea

que explica sus largas especializaciones artesanales, sus formas de relacionarse tan cargadas de protocolos, es la misma que hace comprensible las imágenes paralelas de Tata Vasco y Tata Lázaro en la única geografía americana en la que sobrevive alguna utopía humanista.

Otros caminos intelectuales nos enseñó don Silvio, transitados por los especialistas de la mano del maestro y que ahora, espero que no tardíamente, entendemos los demás mexicanos. Uno de ellos, prefigurando el concepto que una generación más joven definió como del "México profundo", se traduce en el origen de la desigual multiculturalidad nacional. Me refiero, por supuesto, a la condición de jurídica y laboral del indígena colonial. Italo Calvino pensaba que tal vez el secreto de perdurar está en el ejercicio de la redundancia. Repetir por siglos costumbres casi fijas, reiterar sin cambios inmemoriales rutinas, copiar ancestrales obediencias y ensimismamientos, dieron perfil al rostro indígena del siglo XX y lo creímos falsamente hundido en su pasado prehispánico. Pasado que tenía los tonos gloriosos de civilizaciones extintas, y en este caso de una civilización truncada por la guerra de Conquista. Pero don Silvio Zavala nos mostró, en el llamado Termidor de la Revolución, cuando se reescribía la historia oficial, que las líneas de ese rostro indígena son ciertamente antiguas, pero indudablemente virreinales. Y lo probó con estudios bien fundamentados en documentaciones irrefutables y en análisis de legislaciones hispanas que inventaban ontológicamente a sus territorios de ultramar. En pocas palabras, que la condición de





Yañez. Lavaderos públicos en la calle de Guadalupe. ca. 1955. Colección Blanca Jiménez-Samuel Villela.

vida del indígena vivo tiene raíces en las discusiones entre los mejores espíritus de la España de Carlos V y de los Felipes del Siglo de Oro. No otra cosa explican los libros de lectura obligada *Los intereses particulares en la Conquista de la Nueva España*, *Las instituciones jurídicas en la Conquista de América*, *La encomienda indiana*, las *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España*, *Ordenanzas del trabajo en los siglos XVI y XVII*, o el ensayo sobre los esclavos indios en Nueva España, entre otros muchos de su enorme producción escrita.

Con las lecturas de esos libros fundamentales, y las clases que me daban mis profesores, a su vez lectores y comentaristas de la obra de don Silvio, me acerqué a la compleja realidad del paisaje mexicano de que yo atestiguaba. Pude entender entonces que la historia es siempre contemporánea, o por decirlo con mayor precisión, que la historia no es el pasado de un mundo desaparecido, “sepultado por la espesa capa del presente”.

La historia dejó de ser la suma de caracteres indiscifrables que debía memorizar. Se dispó la idea de que teníamos que retener infinidad de nombres y sucesos, fechas y lugares que nos confrontaban, a los niños y jóvenes de los años sesenta y setenta del siglo XX, tan inescrutables como las leyes de la naturaleza; recuperaba la historia su lógica y, por ende, sus protagonistas pudieron, poco a poco, regresar a su proporción humana. Los hechos siguieron siendo invisibles, pero sin duda con un peso que probaba su existencia: están ahí, donde se los busca, por donde se voltee la mirada. La idea de historia de don Silvio fue eficaz porque vinculó tiempo y espacio, antes, después y hoy; detrás de las escenas que podemos

atestiguar hay multitud de actos, de evocaciones, de gestos, de creencias, de mitos... y las durezas del mundo material, de los intereses económicos, de las imágenes legales y morales que califican a los hombres, y mueven normas y prácticas del trabajo indígena colonial, de la explotación al negro, de supeditación a la autoridad política y espiritual del indígena, de la descalificación al criollo. Todo ello explicado sin prejuicios ni adjetivos cargados de anacrónicos valores políticos. Fue la realidad laboral indígena, construida en el virreinato y sus derivados decimonónicos, la explicación convincente del rostro decrepito que ha tenido hasta los albores del siglo XXI, y cuyo gesto la Revolución no supo aliviar.

Una huella más dejó don Silvio Zavala en nuestra idea de mundo. Menos conocida que otros de sus afanes, la construcción de la memoria y la presencia de sus referentes iconográficos y emblemáticos fue preocupación suya en las décadas iniciales del desarrollismo. Medio siglo después escribió pudorosamente: “Si en los años de 1946 a 54, cuando dirigí el Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec pude dejar alguna huella (como la entrada de las obras de los tres grandes muralistas que me tocó promover: la de Diego Rivera, terminada por Juan O’Gorman en la sala de Independencia; la de José Clemente Orozco en la de la Reforma —tal vez su último mural, puedo añadir—, la de David Alfaro Siqueiros, en la de Revolución) yo debo por mi parte al Castillo el trato directo con los objetos del pasado, el acercamiento a la historia del Bosque y del Paseo de la Reforma y conocer el fervor cívico del pueblo mexicano en particular en los días de las fiestas patrias”. La afirmación está cargada de



humildad: fue él, con el equipo que lo rodeó —entre ellos el polígrafo Wigberto Jiménez Moreno—, quien dio el perfil y definición a un museo que acaba de cumplir 70 años de imaginado.

Hurgando apenas un poco en los papeles del archivo de don Silvio, el lector descubre la intensidad de ese momento fundacional: en primer término, la separación ya sin retroceso de las colecciones de historia y de antropología, “medida necesaria —explicó— para aliviar el hacinamiento que existía, sin solución adecuada, desde muchos años atrás. Además, los intereses científicos de la Historia se veían sujetos a las limitaciones del presupuesto del capítulo de Antropología (...) Esta división no significa que el Museo Nacional de Antropología haya abandonado totalmente las investigaciones históricas. Su interés por la historia antigua está ligado a los trabajos de Arqueología y los de Etnología histórica. Ni puede haber un corte entre el pasado pre y posthispánico como se advierte en las acciones de antecedentes indígenas que el Museo Nacional de Historia exhibe en varias de sus salas”.

La coherencia intelectual empujó a la creación de un centro de documentación que poco a poco tomaría el rostro de un centro de investigación histórica. Contando con Jiménez Moreno, se planteó la constitución de lo que hoy es la Dirección de Estudios Históricos del INAH. En el documento que Jiménez envió al doctor Zavala en 1954, se especificó su propósito historiográfico: “Se crea en el Museo Nacional de Historia —dice el documento—, dependiente del Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Centro de Estudios Históricos que estará adscrito a la Dirección del Museo y que tendrá como finalidades las de llevar a cabo investigaciones y publicaciones históricas y de ciencias afines, y procurar mediante cursos, seminarios y trabajos la formación adecuada de los investigadores de Historia que requiere el Instituto para sus trabajos. (...) El Centro procurará obtener apoyo de El Colegio de México en forma de becas para sus profesores y pasantes. Para dirigir este centro se propuso al historiador José Miranda”.

Mientras tanto, continuó con el trabajo de restauración de los murales de Rebull, hechos a cargo de Maximiliano, y el de Solares sobre la Revolución Mexicana; la restauración de los tres óleos atribuidos entonces a Rodríguez Juárez —uno de ellos, sabemos hoy, es una copia hecha una generación más tarde—, la publicación del Epistolario de la Nueva España, y de las guías para los visitantes. Se compraron el bargueño que se suponía del siglo XVI —y que hoy consideramos es del XVIII tardío—, alguna pintura virreinal, varios billetes y monedas —entre las que destaco unas acuñadas en Dolores, Guanajuato, al amanecer del siglo XIX— entre muchas otras actividades. Paralelamente, con buen tino político, supo resistir a la tentación de pole-



Tomado de: Enrique A. Cervantes. *Tasco en el año de mil novecientos veintiocho*, Secretaría de Hacienda y Crédito Público/Gobierno del Estado de Guerrero, edición de doscientos ejemplares numerados, México, 1928.

mizar con Diego Rivera en torno a los restos óseos de Cortés y de Cuauhtémoc, entre 1946 a 1950, y las ventiscas del momento, como aquel rumor que corrió con insistencia sobre el regreso del Colegio Militar al Castillo de Chapultepec —rumor apenas desmentido por el presidente Ruiz Cortines, cuyas crípticas disposiciones inquietaron más, tal vez, a las autoridades del INAH.

Permítaseme terminar con una reflexión sobre la deuda que nuestra generación —y de manera particular yo mismo— tenemos con don Silvio Zavala. En los prolegómenos del Renacimiento, John of Salisbury miraba su entorno y, con una mezcla de pesimismo y melancolía, afirmó que mucho debía, tal vez inmerecidamente, a sus predecesores: (...) estamos parados en los hombros de gigantes”, fue su memorable frase. Creo entender cabalmente su estado de ánimo, pero con optimismo y gratitud me congratulo por tener, sosteniéndome en sus hombros, al gigante historiador don Silvio Zavala.